

Cómo la deuda y el Consenso de Washington destruyen el desarrollo y crean pobreza

Coloquio Internacional del Centro Celso Furtado sobre "Pobreza y Desarrollo dentro del Contexto de la Globalización".

Por Susan George¹

De acuerdo con la mayor parte de la sabiduría recibida, la globalización no ha llegado simplemente para quedarse: es buena para todo el mundo, para mí, para usted, quienquiera que usted sea, donde sea que usted viva. Si la evidencia parece demostrar lo contrario y si – asumiendo por supuesto que ha oído hablar de este fenómeno denominado “globalización” – percibe que no es bueno para usted, esto se debe a que (1) no trabajó lo suficientemente duro (2) no se hizo lo suficientemente competitivo o (3) no esperó lo suficiente para que sus beneficios se tornaran evidentes.

Dejemos primero en claro que la palabra “globalización” en sí misma carece virtualmente de todo sentido. Como su precursora, la palabra “desarrollo”, necesita de un adjetivo para escapar de una conveniente vaguedad conceptual. El adjetivo utilizado aquí será “neoliberal”. Esto significa que “globalización” constituye otro nombre para el capitalismo de fines del siglo XX-XXI, cualitativamente diferente de encarnaciones anteriores. Cuando se utiliza en conexión con países en desarrollo, globalización también es sinónimo de los diferentes elementos del denominado Consenso de Washington (CW) tal como fue definido en primera instancia por John Williamson, el inventor de la frase; pero también incluye otras políticas que se han injertado en el CW. Williamson originalmente acuñó el ahora célebre término en 1990, pero la cosa misma ya contaba con unos diez años de existencia. El CW pasó a un primer plano con las primeras manifestaciones de la crisis de la deuda, cuya fecha se remite generalmente a la amenaza de una caída en cesación de pagos de México en 1982.

¿Qué es el Consenso de Washington?

Los componentes del Consenso de Washington son los siguientes, en base a la formulación inicial de Williamson y enumerados en versión abreviada sin ninguna elaboración o comentario. Cuando se utiliza como “tratamiento de choque” para las naciones endeudadas, el CW también es conocido como Ajuste Estructural.

1. Disciplina fiscal y eliminación del déficit
2. Reducción del gasto público y reordenamiento de las prioridades gubernamentales
3. Reforma tributaria
4. Tasas de interés flexibles
5. Tipo de cambio competitivo
6. Liberalización comercial
7. Un entorno favorable para la inversión extranjera directa (IED)
8. Privatización
9. Desregulación
10. Derechos de propiedad

¹ Publicado originalmente en Transnational Institute (<http://www.tni.org/archives/george/celsofurtado.htm>) y traducido al español por Monitor de IFIs en América Latina (<http://ifis.choike.org>)

Estos son los elementos presentados por Williamson en 1990. Muchas personas podrán estar de acuerdo con muchos o todos ellos. Sin embargo, el problema que plantea este listado bastante benigno es de doble naturaleza:

En primer lugar, la interpretación y la aplicación práctica de estos componentes con frecuencia resulta ser bastante diferente de lo que uno podría imaginar al simplemente leer la propia versión de Williamson. En segundo lugar, otra cantidad de políticas, no incluidas por Williamson, se agregaron rápidamente al paquete de políticas que ahora lleva el nombre de "Consenso de Washington". Esta combinación se ha vuelto auténticamente tóxica en la actualidad para una gran cantidad de países en desarrollo (por no mencionar a los países del Norte, pero esa es otra historia).

¿Podría el verdadero Consenso de Washington por favor ponerse de pie?

En la primera categoría, el de la interpretación y aplicación de los componentes de Williamson, tomemos simplemente algunos ejemplos de la "deformación del contenido". "Disciplina fiscal" pasa a significar "acumular grandes excedentes presupuestarios y no gastarlos aún cuando una gran cantidad de personas en el país estén padeciendo hambre". "Reordenamiento de las prioridades gubernamentales" se traduce como "practicar la 'recuperación de costos' con respecto a la salud y la educación y hacer que la población pague por la totalidad de los gastos en estos sectores. "Reducir el gasto público" significa "eliminar los subsidios" a los alimentos básicos, energía, transporte público y demás. La "reforma tributaria" tiende a equivaler en la práctica a menores impuestos para los ricos.

"Tasas de interés flexibles" significa aumentar estas tasas dado que la flexibilidad en raras ocasiones se aplica hacia abajo, al menos no durante mucho tiempo. Esto hace que los créditos se tornen escasos y onerosos, especialmente para las Pequeñas y Medianas Empresas que son las que ofrecen la mayor parte de las oportunidades laborales, con el poco sorprendente resultado de un mayor desempleo. La "privatización" se convierte en un negocio lucrativo de oportunidades para "hacerse rico rápidamente" para las elites adineradas locales y las corporaciones transnacionales. La "apertura y un entorno favorable para la Inversión Extranjera Directa (IED)" no significa necesariamente que el país reciba inversiones en nuevas instalaciones para la creación de empleos y riqueza. Estadísticamente, la mayoría de los fondos clasificados como IED serán destinados solamente a fusiones y adquisiciones que impliquen la participación de empresas ya existentes, las que generalmente derivan en una reducción de la fuerza de trabajo. Los "derechos de propiedad" suenan muy solemnes pero de alguna forma nunca llegan hasta el sector informal que es donde serían más necesarios.

Con respecto a las políticas complementarias que fueron injertadas en el CW, el propio Williamson se empeña en subrayar que en su versión él no recomendaba ni políticas monetaristas ni tampoco una eliminación del papel del Estado en la redistribución y suministro de bienestar. Con todo, dichas políticas monetaristas, de estado minimalista fueron adoptadas y aplicadas, especialmente por parte de las Instituciones Financieras Internacionales (IFIs). Las más importantes de estas instituciones, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, se encuentran excesivamente próximas al Departamento del Tesoro de Estados Unidos. Las IFIs también hicieron gran hincapié en mercados laborales "flexibles", participación plena en los acuerdos de comercio regidos por la OMC, o por reglas aún más rigurosas concebidas en muchos tratados de comercio regionales y bilaterales. También promueven bancos centrales independientes siguiendo el modelo del Banco Central Europeo, exento de todo tipo de supervisión política.

Probablemente, la gran divergencia entre la versión inicial de Williamson del Consenso de Washington y la política que se aplica en la actualidad radica en la "liberalización de la cuenta de capital". En el idioma de los economistas, esto significa simplemente que el país aplica la filosofía de las "fronteras

abiertas” no solo a los bienes y servicios sino también a los flujos financieros. Los capitales pueden ir a donde les plazca, cuando les plazca; pueden ingresar – y lo que es mucho más peligroso – emigrar – a su antojo. La alfombra de bienvenida no solo es para la IED sino también para las inversiones en cartera (PEI, por sus siglas en inglés). Los extranjeros – generalmente grandes inversionistas a nivel institucional – pueden comprar acciones, bonos, la moneda nacional y cualquier otro instrumento financiero disponible; pueden especular libremente. También lo pueden hacer las elites locales que no tienen escrúpulos nacionalistas en lo que refiere a desbaratar las economías de sus propios países a través de la fuga de capitales o la externalización de sus negocios. Estas son las políticas del CW aumentado o amplio.

La apertura de las fronteras a todos los interesados en materia financiera podría ser una buena idea si todos los países se encontraran en el mismo nivel de desarrollo y todas las monedas fueran tan fuertes como, digamos, el euro. Sin embargo, esto está lejos de ser el caso. Podría ser útil recordar que apenas hace veinte años, bajo la presidencia socialista de Francois Mitterrand, Francia practicó los controles de capital y restringió el monto de divisas que los ciudadanos podían comprar. El euro, cualquiera sean sus posibles desventajas, ha puesto freno a la especulación contra las monedas europeas individuales las cuales resultaban frecuente y lucrativamente atacadas en las décadas del '80 y '90. Las cosas fueron mucho peor en el Sur, como veremos en un momento.

Como muchos observadores de los países en desarrollo han notado, el abandonar a la propia economía y a la propia población a la suerte del “libre mercado” – en otras palabras a los actores financieros dominantes a nivel internacional interesados únicamente en las ganancias a corto plazo - equivale a dejar al zorro libre para que vigile el gallinero libre.

Consecuencias financieras abrumadoras

El ajuste estructural y las políticas ampliadas del CW han venido siendo aplicadas durante aproximadamente un cuarto de siglo. La liberalización de la cuenta de capital y el resto del CW aumentado impuesto por las IFIs dejaron a los gobiernos con frecuencia totalmente impotentes para frenar las abruptas fugas de capital. Tal como lo ha explicado de manera brillante el banquero profesional Sony Kapoor, el mercado está estructurado de forma tal que los negociadores deban “perseguir la tendencia” tan lejos como esta vaya. Los fundamentos de una economía tienen poco o nada que ver con las acciones a corto plazo de estos negociadores cuyos ingresos, dividendos y empleos dependen de la volatilidad. Estas personas, la mayoría de las cuales podrán encontrarse en las salas de negociaciones de los treinta bancos más grandes del mundo, no son “especuladores malvados”, pero tampoco se les paga para que tomen en cuenta cualquier interés en el bienestar de un país o su gente: simplemente realizan sus trabajos, o los pierden. Una vez iniciada una salida de capital, la misma no se detendrá hasta que haya completado su curso. En su Informe Anual de 1995, el Banco de Pagos Internacionales describió a estas salidas de capital de forma bastante acertada como regidas por un “comportamiento de rebaño”.

Los resultados fueron trágicamente claros, especialmente durante la crisis asiática de fines de la década del '90. Cada vez que un puñado de negociadores estrella en Nueva York o Londres alzaban un dedo humedecido en el aire y hallaban que el viento soplabla contra, digamos, el baht, el won, o el real, corrían en estampida rumbo a la salida. No había ningún tipo de control sobre la moneda o los impuestos que los pudiera detener (excepto en unos pocos países como Chile, Malasia o China que se escaparon de lo peor).

Luego sobrevino una cascada de crisis financieras. Una apreciación sobria al respecto proviene de la Oficina Internacional del Trabajo. Sus cifras demuestran que solamente en la región de América Latina

y el Caribe, entre 1980 y 1998, tuvieron lugar más de cuarenta crisis financieras durante las cuales el PBI per capita cayó más de un 4 por ciento. Más de noventa países, desde Argelia a Zimbabwe, experimentaron una “crisis financiera severa” entre 1990 y 2001. “Severa” de acuerdo con la Oficina Internacional del Trabajo significa que el valor de la moneda se depreció en un mes determinado al menos un 25 por ciento y que esta caída fue al menos un 10 por ciento superior que durante el mes anterior. Así, estamos hablando de una pérdida brutal en materia de poder adquisitivo, ahorros, pensiones y demás, de al menos un tercio en dos meses.

La realpolitik del Consenso de Washington

¿De qué se trató este escenario en términos políticos? El CW, en el sentido amplio, más allá de Williamson, se encontraba claramente destinado a poner un freno a cualquier inclinación nacionalista hacia políticas de desarrollo impulsadas por el Estado, particularmente la sustitución de importaciones o la protección de las industrias nacionales o la agricultura local (el término “soberanía alimentaria” aún no se había inventado). También se trataba de abrir las economías a los grandes actores privados en los mercados internacionales, a las corporaciones transnacionales, bancos y otros importantes actores financieros como los fondos de pensiones. La idea era forzar a los gobiernos a que dejaran la moneda, los empleos, los negocios locales, el sistema social y lo que fuera librado a las decisiones tomadas por forasteros, interesados únicamente en obtener rápidamente ganancias y en posesión de mucha mayor influencia a nivel financiero que la mayoría de los bancos centrales. Se trataba, sobre todo, de una estrategia inventada por el Norte, diseñada para garantizar que los países del Sur continuaran pagando el servicio de sus deudas, pero que nunca pudieran aspirar a cancelarlas en su totalidad. Esto a su vez aseguraría que continuaban obedeciendo órdenes, es decir, las del CW ampliado.

Se han escrito cientos por no decir miles de documentos críticos acerca de estas políticas, particularmente tal como han sido practicadas por las Instituciones de Bretton Woods (el FMI y el Banco Mundial). Montañas de pruebas se encuentran a disposición para demostrar que en los países “ajustados estructuralmente”, sin excepción alguna, el crecimiento se ha vuelto más lento, las desigualdades se han agravado y la pobreza se ha profundizado. El mismo John Williamson admite con pesar que los resultados de las políticas del CW han sido “desalentadores, por no decir algo peor, especialmente en términos de crecimiento, trabajo y reducción de la pobreza”.

Si la economía fuera una ciencia, a los economistas que trabajan para las IFIs se los habría obligado ya hace mucho tiempo a que modificaran sus hipótesis, dado que los resultados de sus experimentos sociales han sido devastadores – al menos si se aplican los criterios de reducción de la pobreza, desigualdad y crecimiento. Si un puente se viene abajo, o la supuesta cura para una enfermedad empeora la salud de los pacientes, el ingeniero o el biólogo es llamado al orden. Estos o sus empresas pueden ser demandados. Sus cálculos de tensión o hipótesis científicas serán descartados como lo peor de lo peor – algo nocivo, de hecho letal. Nada de esto sucede en el caso de las políticas sociales desastrosas. Sus autores nunca asumen la culpa de nada debido a que la economía neoliberal no es una ciencia sino una ideología y es la ideología defendida por aquellos que hoy en día sostienen la balanza del poder mundial. Las instituciones que sirven a sus intereses continúan haciéndolo y las personas que trabajan allí pueden continuar percibiendo abultados salarios al tiempo que destruyen las vidas de otras personas.

Al enfrentarse a lo que Williamson denomina modestamente como resultados “desalentadores, por no decir algo peor, especialmente en términos de crecimiento, trabajo y reducción de la pobreza” y a otro sinnúmero de indicadores, los practicantes de las políticas de ajuste estructural del Consenso de Washington, nunca admitirán que sus políticas están equivocadas ni tampoco recibirán las críticas. Las víctimas tendrán que escuchar, más bien que (1) no trabajaron lo suficientemente duro (2) no se

hicieron lo suficientemente competitivos o (3) no esperaron lo suficiente para que sus beneficios se tomaran evidentes. Esto suena familiar; parece que volvemos al principio.

¿Es el Consenso de Washington una aberración?

Si las políticas económicas neoliberales al estilo CW no “funcionan”; si por “funcionar” entendemos que las políticas económicas deben normalmente servir a las necesidades de toda la población de un determinado país, ¿por qué es que estas políticas continúan practicándose? ¿por qué continúan siendo tan poderosas y aceptadas virtualmente en todas partes? Esta situación no es tan misteriosa como aparentaría ser, especialmente si recordamos que no estamos realmente hablando acerca de economía sino acerca de política.

Para una explicación más completa del “misterio”, cabe saber en primer lugar que en Estados Unidos, fundaciones privadas de derecha han seguido durante al menos veinticinco años una política concertada de financiamiento al desarrollo y difusión de la ideología neoliberal. Solo entre 1982 y 2002, gastaron más de mil millones de dólares en centros de pensamiento, centros de investigación, presidencias de universidades, académicos individuales y sofisticadas estrategias de comunicación. Hace cincuenta años, los postulados socio-darwinistas o hayekianos habrían sido considerados peligrosos, extremos, e incluso ligeramente absurdos. Virtualmente ningún líder o académico estadounidense los hubiera sostenido, ya fuera de extracción republicana o demócrata. En la actualidad se han convertido en la corriente mayoritaria. Los mismos se encuentran impregnados en los currículos de los profesores universitarios de economía, ciencias sociales y derecho, especialmente en los prestigiosos centros universitarios donde se educa a los futuros líderes. (Tal como lo ha sostenido un crítico, las IFIs están pobladas de “economistas de tercera categoría que ostentan títulos de instituciones de primer nivel”).

Los “Chicago Boys” o “Chicos de Chicago” se han convertido en los “Chicos de todas partes” y son particularmente prominentes en el Tesoro de Estados Unidos, el Banco y el Fondo, sin importar quién esté al frente de la Casa Blanca. No es posible discurrir aquí sobre la estrategia de la extrema derecha [neoliberal o “neoconservadora”], pero nunca se debería olvidar que ha sido eminentemente exitosa; que las ideas que son actualmente dominantes fueron compradas y pagadas por gente que sabía lo que estaba haciendo y lo que pretendía. Las fuerzas progresistas han sido absolutamente incapaces de plantear cualquier desafío ideológico serio contra el pensamiento y la política neoliberal – de hecho, ni siquiera lo han intentado seriamente.

La segunda explicación del “misterio” consiste en que la globalización dominada por el mercado financiero (consideremos como comprendido al adjetivo “neoliberal”) ha sido excesivamente generosa con algunos. Cada año, la lista de multimillonarios del mundo publicada por Forbes se hace más larga; en la actualidad estos ascienden a 793. Un analista afirma que de combinarse su riqueza se excede fácilmente la suma de US\$2,6 billones de los saldos de deuda global del Sur. No he agregado las propiedades de estos caballeros [y de unas pocas damas], pero la afirmación es razonable. Es sorprendente advertir, aunque no constituya una comparación científica, que la suma de las fortunas de los tres individuos más ricos del mundo es mayor que la suma del PBI de los 48 países más pobres del mundo.

Además, en un plano financiero ligeramente menos sofisticado, la cantidad de Individuos con Patrimonios Elevados identificados cada año por Merrill-Lynch y Cap Gemini en su “Informe sobre la Riqueza en el Mundo” también muestra incrementos espectaculares, agregando aproximadamente

500.000 ingresos anuales. Cerca de 8,8 millones de estas almas afortunadas pueden encontrarse desparramadas por todo el mundo – principalmente en Estados Unidos y Europa pero también en otros continentes. Cada una de estas personas cuenta con activos por más de un millón de dólares, por encima del valor de su residencia principal; Merrill-Lynch estima que la suma de sus riquezas asciende a aproximadamente US\$30 billones. Dado que montos tan gigantescos son difíciles de concebir sin tener un punto de comparación, la suma del PBI de todos los países de la OCDE asciende a aproximadamente US\$35 billones. Es bastante concebible que la riqueza de los Individuos con Patrimonios Elevados llegue pronto a igualar este PBI, indudablemente para satisfacción de Merrill-Lynch, dado que se encuentra comprensiblemente interesado en administrar su dinero.

Las desigualdades alrededor del mundo nunca fueron tan severas. De acuerdo con cifras del FMI, si dividimos al mundo en (1) países avanzados y (2) el resto del mundo (incluyendo a China e India), en 1980 los países avanzados [18 por ciento de la población mundial en aquel entonces] capturaron 71 por ciento del ingreso mundial. En el año 2000, los países avanzados (ahora reducidos a 16 por ciento de la población mundial) habían incrementado su parte a 81 por ciento del ingreso mundial. Visto desde otra perspectiva – la de las personas que viven en el “resto del mundo” – en 1980, el 82 por ciento obtuvo el 29 por ciento del ingreso mundial; apenas veinte años después, el 84 por ciento quedó con un miserable 19 por ciento. El tamaño del pastel puede haber crecido y el progreso de parte de la población china e india podría llegar a sesgar de alguna forma las cifras pero estas continúan siendo austeras.

La tercera y probablemente más importante explicación para el poder sostenido de las políticas neoliberales a pesar del hecho de que no “funcionan”, muestra que el Consenso de Washington no constituye una aberración sino una necesidad política. Las cifras del ingreso mundial que se acaban de proporcionar son una pista. La ventaja política de la globalización neoliberal es el renovado y reforzado dominio que ha otorgado al Norte sobre el Sur. Las amplias políticas del CW han “funcionado” de hecho muy bien, no solo enriqueciendo a los pocos afortunados, sino sobre todo afianzando el sometimiento financiero. Este sometimiento a su vez fomenta la sumisión del Sur a la voluntad del Norte. La deuda en el Sur no debería considerarse primordialmente ni como un tema financiero ni como un tema económico. Más bien funciona como una herramienta política y excede ampliamente al colonialismo y al imperialismo clásico cuando se considera en base a criterios de eficiencia, costo-efectividad e invisibilidad. Tal como lo expresó Karl von Clausewitz, el propósito de la guerra es “obligar al enemigo a que acate nuestra voluntad”. El estratega chino Sun Tsu escribió en el año 500 AC que los grandes generales eran aquellos que nunca tenían que librar una batalla. Con la deuda, tenemos una contienda exitosa sin que se haya disparado un solo tiro.

La deuda como poder

La deuda es una estrategia mucho más útil que el colonialismo ya que este último requiere de un ejército y una administración. Es costoso y provoca resistencia; es enormemente visible, atrae mala publicidad y, en nuestra época, se ha vuelto al extremo pasado de moda e incluso impensable. Esto no significa que los objetivos del colonialismo hayan sido abandonados – lejos de esto. Estos objetivos, tal como Clausewitz también podría haber dicho, se persiguen simplemente por otros medios.

La deuda es el mecanismo que hace que gran parte del hemisferio Sur se comporte de forma obediente y se mantenga bajo control. Quizá no sea superfluo señalar que la década del '70 fue una época de gran esperanza y renovación en el Sur. Luego de muchas luchas por la liberación y del proceso de descolonización, aproximadamente desde la época de la Conferencia de Bandung en 1955, surgía un liderazgo coherente en el Sur. Hacia la década del '70, la ONU y otros foros hicieron repercutir los llamados a un Nuevo Orden Económico Internacional; grupos como el Movimiento de

Países No Alineados y el G-77 (que luego incluiría a mucho más de 100 países) hacían escuchar sus demandas. El liderazgo del Norte nunca lo dijo con todas las letras pero esta situación era claramente intolerable.

Aunque podría ser difícil afirmar que la crisis del endeudamiento del Sur fue el resultado de una estrategia consciente, "tout se passe comme si" (todo pasa como si) ese fuera el caso. Un libro reciente de John Perkins, Confesiones de un Gángster Económico, puede resultar irritantemente centrado en el autor pero presenta un caso convincente de que el mismo fue parte de una conspiración político-industrial para obtener un control casi feudal sobre los países del Sur a través de la elaboración de los denominados proyectos "para el desarrollo" cuyos enormes costos generarían una deuda que nunca podría llegar a ser cancelada por estas naciones.

Conscientemente o no, la estrategia resultó. El Sur fue seducido por las facilidades de pago. A mediados de los '70, la población en realidad le estaba pagando a estos gobiernos para que tomaran dinero prestado. Las tasas reales de interés [es decir, menos la inflación], por ejemplo, fueron de menos 1,3 por ciento en 1975 y de solo 1,8 por ciento en 1980. Luego, en 1981, el Secretario del Tesoro Estadounidense, Paul Volcker propinó el golpe nuclear final y los aumentó, en términos reales, al 8,6 por ciento. Dado que el Sur había contraído préstamos a tasas de interés variable, quedó atrapado. La primera crisis en México no tardó en llegar (1982) y el lazo se apretó en torno a los países del Sur.

Estos países han permanecido verdaderamente bien atrapados. El Consenso de Washington potenciado y de un tamaño colosal se ha convertido en su destino permanente. Naturalmente, cuanto más pequeño y más débil es un país, más obligado se verá a seguir las políticas de libre mercado, amigables con el capital y los extranjeros. Los países africanos son mucho más vulnerables a las IFIs que, por ejemplo, Brasil. Pero incluso Brasil se ha abstenido de causar cualquier agravio a los actores de los mercados financieros, respetó las reglas del CW y también acumuló grandes excedentes presupuestarios a pesar de los graves problemas de pobreza que tiene en casa. El hecho de que ostente la mayor deuda de todos los países en desarrollo no es quizás algo ajeno a su elección de políticas.

Sin embargo, este aporte no es acerca de Brasil. Observemos en cambio cómo la deuda ha sido y continúa siendo utilizada como una herramienta y contribuye al reinado de las finanzas en el mundo. Al tiempo que el colonialismo le cuesta dinero al poder imperial, el sometimiento de la deuda brinda ganancias. Aquí tenemos cierta evidencia financiera que muestra que la extracción de riqueza por parte del Norte ha continuado sin que se le oponga ningún obstáculo.

Lo que dicen los números

En 1980, el Sur ya se encontraba seriamente endeudado; sus saldos de deuda ascendían a US\$540.000 millones. Veinticinco años después, en el año 2004, el saldo había aumentado a US\$2,6 billones, casi cinco veces más. Mientras tanto, durante el mismo período de veinticinco años, estos países habían reembolsado US\$5,3 billones, casi diez veces lo que se debía en 1980. ¡Magia! Analizando los números de otra forma, podríamos advertir que luego de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos abasteció a la Europa desgarrada por la guerra con el Plan Marshall: aproximadamente US\$90.000 millones en dólares de hoy. Los reembolsos efectuados al Norte por parte del Sur durante el año 2004, otorgaron a los acreedores el equivalente a 59 Planes Marshall.

En el 2004, América Latina adeudaba la suma de US\$770.000 millones y efectuó pagos de US\$121.000 millones por servicio de la deuda, casi el 16 por ciento (aproximadamente el mismo

porcentaje de servicio pagado por Asia Sudoriental y los países del ex bloque soviético). Incluso África Subsahariana pagó US\$15.000 millones sobre deudas de US\$220.000 millones, o el 6,8 por ciento. ¿A cuánto dinero equivale esto en términos humanamente comprensibles? Para América Latina significó un drenaje de US\$331 millones por día, US\$13,8 millones por hora; US\$230.000 por minuto. África Subsahariana, a pesar de todas las promesas realizadas por el G-8 y las IFIs, otorgó a sus acreedores (principalmente instituciones públicas) US\$41 millones por día, US\$1,7 millones por hora, US\$28.000 por minuto en servicio de la deuda. Indudablemente, con US\$230.000 o incluso US\$28.000 por minuto se podría dar de comer a muchísimas personas que pasan hambre o se podrían construir infinidad de escuelas y clínicas.

No obstante, quizás estos enormes pagos se vieron de alguna forma compensados a través de otros ingresos – después de todo, el punto no es el total pagado por servicio de la deuda en sí mismo sino el total de las transferencias financieras. Lamentablemente, las noticias no son más optimistas a este respecto. Una vez más durante el año 2004, las transferencias netas de América Latina hacia el Norte fueron de menos US\$34.000 millones y durante el quinquenio 1999-2004, de menos US\$264.000 millones. Para el mundo entero (2004) los flujos de capital que ingresaron al Sur desde el Norte ascendieron a US\$78.000 millones suministrados en Asistencia Oficial al Desarrollo y una cantidad mucho mayor – US\$126.000 millones al menos – en remesas enviadas por trabajadores emigrantes, sumando un total de US\$204.000 millones. Las salidas de capital del Sur rumbo al Norte, sin embargo, contando solamente el servicio de la deuda de US\$374.000 millones y las repatriaciones de capital y ganancias de las corporaciones transnacionales por US\$104.000 millones, totalizaron la suma de US\$478.000 millones para una transferencia neta de US\$274.000 millones a favor del Norte. No está nada mal.

Pero esto aún no es suficiente. ¿Cómo hacen los países en desarrollo para encontrar ese dinero? Nadie en el Norte quiere sus bahts, wons y reales- tienen que pagar en moneda fuerte. La única forma de hacerse de la misma es a través de las exportaciones (esto incluye la exportación de personas, conocidas de otra forma como emigrantes). De acuerdo con sus estatutos, el FMI realiza anualmente consultas del “Artículo IV” con los países endeudados y calcula entre otros rubros la proporción de los ingresos por exportaciones que un país puede llegar a pagar en servicio de la deuda. Sus consultas en materia de política con el gobierno brasileño en el 2006 proyectan que Brasil estará pagando de lleno el 55 por ciento del valor de sus exportaciones de bienes y servicios. Lo que sea que sobre, Brasil lo podrá destinar a los brasileños. A pesar de los llamativos números – disminución de la inflación por debajo del 5 por ciento y crecimiento proyectado al 3,5 por ciento – las tasas de interés de Brasil se han mantenido por encima del 18 por ciento para atraer y remunerar al capital extranjero.

Brasil cuenta con un panorama exportador favorable y su etanol en particular se volverá cada vez más popular. No obstante, muchos países pequeños son dependientes de uno, dos o tres productos básicos y estos tienen una triste historia que contar. Durante el período entre 1997 y 2001, el promedio de las reducciones anuales en los precios de estos productos básicos fue el siguiente de acuerdo con la Conferencia de Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD): menos 2,6 por ciento para productos alimenticios, menos 5,6 por ciento para bebidas tropicales; menos 3,5 por ciento para semillas oleaginosas y aceites. Solo los metales – que a diferencia de los alimentos y bebidas nunca son producidos por pequeños productores– registraron un desempeño ligeramente mejor con menos 1,9 por ciento anual, si bien esto continúa reflejando una disminución considerable. El aumento de las compras realizadas por China puede contribuir a incrementar el valor de algunos de estos productos básicos, pero la historia continúa siendo poco feliz.

Desafortunadamente, a pesar del enorme cúmulo de estudios realizados sobre la deuda, no conozco ninguno que haya intentado calcular su aporte a estas caídas consistentes en los precios de los

productos básicos. De acuerdo, la deuda no constituye el único factor en estas tendencias descendentes. La demanda de productos tropicales no está creciendo demasiado a nivel mundial y los acuerdos para productos básicos basados en el modelo de la OPEP han fracasado en su mayor parte. El cártel de proveedores de caucho limitado a tres países ha producido resultados bastante buenos pero el acuerdo del café hace ya un largo tiempo que fracasó. Aún así, la presión para exportar lo que sea que se tenga para ofrecer para poder pagar el servicio de la deuda en moneda fuerte debe estar seguramente desempeñando cierto papel en el exceso de la oferta sobre la demanda y por ende en la caída de los precios.

Tampoco he hallado ningún estudio amplio (al menos no de parte de los que detentan el poder) sobre la “deuda odiosa”, ni siquiera estudios individuales serios a nivel de país encomendados por los gobiernos. La deuda “odiosa” no constituye un epíteto sino que es un concepto legal elaborado por el profesor de Derecho en París (y ex ministro de la Rusia zarista) Alexander Sack a mediados de la década del '20 y aceptado desde entonces por algunos tribunales en algunos casos. Las deudas odiosas son aquellas que fueron contraídas no ya para satisfacer las necesidades o los intereses genuinos del Estado sino para fortalecer un régimen despótico y reprimir a la población cuando esta intenta levantarse contra dicho régimen. Dichas deudas no deberían considerarse una responsabilidad legal de los gobiernos sucesores, particularmente si estos son democráticos; son exclusivamente de responsabilidad personal de los déspotas que las contrajeron. En caso de poder demostrarse que los acreedores estaban al tanto de la naturaleza odiosa de los préstamos que realizaban, la deuda también se convierte en su responsabilidad legal.

Brasil, Argentina y muchos otros países latinoamericanos parecerían ser candidatos ideales para el recurso legal de la deuda odiosa. Se cumplen todas las condiciones clásicas: los regímenes militares despóticos; la represión, las grandes sumas de dinero que se gastaron en armamento, fuerzas armadas, policía y cárceles. Los acreedores, tanto públicos como privados, sabían perfectamente bien acerca de la verdadera naturaleza de estos regímenes. No solo se encontraban bien al tanto – los recibieron con beneplácito y especialmente en el caso de Estados Unidos, los apoyó material, política y militarmente. Los tesoros nacionales y bancos privados del Norte otorgaron vastas sumas de dinero en préstamos a estos déspotas por su propia voluntad. Seguramente, el actual gobierno brasileño tiene en su poder los registros financieros o podría llegar a obtenerlos. Sabemos que cuenta con economistas competentes que podrían calcular qué parte de la deuda actual, cuyos intereses han venido aumentando durante décadas, es verdaderamente odiosa.

Una evaluación de la deuda odiosa podría convertirse en un proyecto valioso para el Centro Celso Furtado.

Conclusión

Brasil decidió cancelar por adelantado su deuda de US\$15.000 millones con el FMI y de esta forma habrá de economizar en el pago de intereses. Argentina hizo lo mismo. Si una cantidad suficiente de países siguiera este ejemplo, el Fondo tendría problemas para subsistir y según muchos opinan, este sería un acontecimiento positivo.

Los de afuera se preguntan, no obstante, por qué los países del Sur han demostrado tan poca unidad en torno al tema de la deuda; por qué no parecen haber considerado nunca un abordaje colectivo. Continúan pagando sumisamente, aunque bien no sea cada centavo al menos tanto como puedan costear, con ninguna esperanza de poder llegar alguna vez a hacer borrón y cuenta nueva. Cada país tiene una deuda nacional – este no es el punto. La cuestión es cuando en efecto la misma se convierte en un asunto de máximo prioridad e impide a los gobiernos cumplir con sus verdaderas

responsabilidades para con la gente. Uno no puede esperar ningún tipo de concesiones por parte de los acreedores. Aún en el caso de la ultra-pobre África, se puede advertir que las preocupaciones y promesas de cada año del G8 se traducen en realmente muy poco en términos de verdadero alivio, el cual en cualquier caso debe ganarse sometiendo al país a una mayor cantidad de años de arduo ajuste estructural.

Solo Estados Unidos puede escaparse de su deuda inmensa de US\$8 billones - en caso de que decida hacerlo - a través de la emisión de moneda. Es bastante posible que de escogerse alguna vez esta vía, toda la estructura económica mundial se venga abajo. La economía mundial se encuentra basada en la deuda (lo que se denomina generalmente como "crédito" o "apalancamiento") y aquí hemos tocado solamente un aspecto de la misma, por importante que este sea para los países interesados. Otros escollos financieros serán analizados en otras partes del coloquio; indudablemente, los US\$1,2 billones que cambian de manos a diario en los mercados cambiarios o la suma astronómica de US\$117 billones que se gastan diariamente en instrumentos derivados contribuyen a una estructura cada vez más tambaleante.

El "turbo-capitalismo" mundial ya no se desplaza ponderosamente de la inversión a la producción, de la producción al lucro, del lucro a la reinversión y así sucesivamente, tal como lo describió Marx. Ya no es necesario producir nada que sea tangible para poder ganar enormes cantidades de dinero. De hecho, resulta claramente desaconsejable dedicarse a algo tan vulgar como las cosas reales. La verdadera riqueza proviene de la manipulación financiera y para los manipuladores, nunca nada es suficiente.

Para ilustrar esto, finalicemos con la sabiduría de alguien que comprendió al capitalismo:

"Todo para nosotros y nada para los demás parece haber sido, en cada era del mundo, el aforismo vil de cuantos han gobernado a la humanidad".

Adam Smith, La Riqueza de las Naciones, 1776

Libro III, Capítulo IV.